

JUVENTUD

Año I.

Madrid 30 de Noviembre de 1901.

Núm. 6.

Psicología del pueblo español.

I

COMPLEJIDAD

DE LOS

PROBLEMAS SOCIALES

Vivíamos en un mundo ideal. Nuestro ejército era valeroso, invencible; nuestros gobiernos, previsores; nuestra magistratura, incorruptible; portento de saber, nuestro profesorado; modelo de mansedumbre y de caridad, nuestro clero. España era la primera de las naciones: su suelo, el más rico; sus habitantes, los más capaces. Cuando el león español sacudía su melena, el mundo se echaba á temblar.

Mas he aquí que, de repente, efecto de una ignorancia inconcebible, perdimos los últimos restos de nuestro imperio colonial, y ante tan violenta sacudida, abrimos los ojos á la realidad y vimos, con desolación, que no teníamos ejército, ni gobernantes, ni magistrados, ni profesores, ni sacerdotes; vimos que todas las corporaciones del Estado eran cuerpos muertos, cadáveres galvanizados, sin contenido, sin alma; vimos que el suelo español era pobre y sus habitantes de los peor alimentados de Europa; vimos, en fin, que España como nación se hallaba en el último peldaño de la decadencia. Y surgió entonces en todos los españoles un sentimiento, un deseo, el deseo de le-

vantar á España, de redimirla, de regenerarla, y de todas partes, del profesorado, de la banca, del comercio, de la industria, de la política misma, salieron médicos llevando cada uno en la mano una receta salvadora, ya de carácter parcial, ya de carácter general. Prescindiendo de las primeras, que circunscribían el tratamiento á la reforma del orden económico, ó de las instituciones docentes, ó á la reorganización del ejército, y ateniéndonos á las segundas, únicas que pudieran ser eficaces, quién proponía como remedio la renovación de todo el personal de los cuerpos del Estado; quién el cambio radical de instituciones políticas, de régimen; quién la supresión de la oligarquía y del caciquismo; quién, en fin, más pesimista, no veía la salvación sino en el advenimiento de una buena voluntad, de un honrado dictador. Examinemos cada uno de estos remedios.

La renovación del personal de las corporaciones del Estado sólo puede haberse ocurrido en un momento de desesperación. No se advierte que el nuevo personal no sería mejor que el substituido. Unos cuantos ejemplos bastarán para ponerlo en claro. No hace mucho se ha elegido el personal del parlamento; si se prescinde de éste y se procede á nuevas elecciones, los diputados y senadores que resulten elegidos serán, salvo contadas excepciones, de igual ó inferior calidad que los actuales. Si suprimimos el personal de la magistratura, el nuevo que se nombre se compondrá de abogados que no lograron plaza en las oposiciones ó no consiguieron fundar bufete. Lo propio acontecería con el personal del profesorado, de la milicia ó de la marina. No se repara, al hablar de renovación del personal, que para todo estamos muy escasos de personal idóneo, y que, en la lucha social, no obstante nuestras preferencias políticas y nuestra intransigencia religiosa, la selección se efectúa las más de las veces en el sentido de lo mejor.

Cambio de instituciones políticas. ¿En qué sentido? ¿Restrictivo? Imposible. ¿Progresivo? Peor. Cabalmente, nuestras instituciones son malas por ser demasiado buenas. Ni el sufragio universal ni el jurado dan sus naturales frutos, por nuestra incapacidad para ejercerlos. Meras formas de los estados sociales, las instituciones políticas deben armonizar con el carácter y grado de cultura de los pueblos, y armonizan siempre cuando son producto de su normal desarrollo, rara vez, casi nunca, cuando se las importa sin adaptarlas, como nos ha pasado á nosotros con las que tenemos. Por más que parezca

una antinomia, el progreso de las sociedades se efectúa robusteciéndose el vínculo social y vigorizándose al par la autonomía individual. Lo colectivo y lo individual adelantan á un mismo tiempo. A medida que el vínculo social arraiga y se fortifica en la conciencia de cada individuo, éste se crece, se emancipa, se constituye, adquiere más libertad y más derechos, de los que, penetrada su conciencia de la conciencia social, no ha de usar sino para el bien de la sociedad, al tiempo que para el suyo propio. En este grado de desarrollo, el bien social y el individual son uno y el mismo. Por esto, en las sociedades civilizadas, los individuos son más libres y juntamente más disciplinados. Libre y modelo de disciplina social es el pueblo inglés. Pues bien; cuando un pueblo atrasado y, por consiguiente, no disciplinado ni libre, adopta instituciones de un pueblo adelantado, sucede que las nuevas instituciones, dejando el campo libre á una actividad individual no penetrada del espíritu social, son causa de que se desborden y erijan en único criterio de conducta los intereses egoístas, produciéndose la disolución de la sociedad. Tal es nuestra actual situación. En este estado, el cambio de instituciones políticas por otras más expansivas, lejos de condicionar la reconstitución de nuestra sociedad, apresuraría su total relajación y ruina.

Lo dicho nos suministra base para juzgar acerca del tercer remedio preconizado, consistente en la supresión de la oligarquía y caciquismo. ¿Qué es el cacique? Por una ley bien conocida de psicología social, las personas que, por su inteligencia, virtud ó riqueza, sobresalen entre sus conciudadanos, ejercen ascendiente sobre éstos, sobre sus ideas, sus resoluciones y su conducta. ¿Son los tales caciques? No. Mas sucede que un candidato solicita el apoyo de dichas personas, que éstas se lo otorgan y que, hecho el candidato diputado, pone todo su poder político á merced de sus favorecedores. Entonces, si éstos usan de aquel poder para el bien colectivo de sus conciudadanos, son bienhechores; si lo utilizan solamente en provecho propio ó de sus amigos, son caciques. Cacique es, pues, la persona que usa del poder político para favorecer intereses particulares.

¿Por qué existe el cacique siendo un mal? Para evitar otro mal mayor. La sociedad es un cuerpo vivo, dotado, como el organismo individual, del instinto de propia conservación, por cuya virtud, cuando se ve amenazada de muerte, se defiende, apelando, para conservar la vida, á todo género de re-

cursos, hasta el de crearse órganos nocivos, pero que la permitan vivir. No por otra causa la sociedad española, amenazada de próxima disolución por haberse dado instituciones superiores á las que consentía la disciplina social de sus individuos, se ha creado el cacique, que si por una parte usa del poder político para favorecer intereses particulares, no puede negarse que, al mismo tiempo, los subordina, reprime y sujeta, lo bastante para que la sociedad pueda vivir, bien que vida miserable. Obsérvese si no á los caciques en acción, y se verá que todos, desde el central hasta el aldeano, tienen por labor principal conciliar, armonizar los intereses particulares. Suprimase el cacique, y las elecciones serán verdaderas batallas, y la vida, en cada localidad, una lucha violenta de intereses individuales. Pensar en acabar con el cacique de repente, como por disposición gubernativa, es por tanto una ilusión. El cacique sólo puede desaparecer transformándose en bienhechor, paulatinamente, á medida que, con el progreso de la cultura, el vínculo social se robustezca y la conciencia colectiva se erija en rectora de las actividades individuales.

La cuarta receta, una buena voluntad, un honrado dictador, parece la más sencilla de todas, lo cual quiere decir que es la menos real, la más abstracta. En efecto, ¿de dónde ha de salir el tal dictador? ¿De los actuales políticos? Imposible. El dictador debe ser expresión fiel, órgano de intereses, sentimientos y deseos generales, colectivos, progresivos, y los políticos actuales, por lo mismo que han vivido representando y satisfaciendo intereses individuales, se han incapacitado para aquella alta representación. ¿De los no políticos? Menos. Las personas que se han mantenido alejadas del campo político, sea por carecer de la ductilidad de carácter, ligereza de pensamiento y facilidad de palabra que requiere la política al uso entre nosotros, sea por imposición de su criterio moral, que les ha representado como una mancha vergonzosa la complicidad en los actos ilegales y á las veces inmorales que ejecutan nuestros políticos, carecen del conocimiento y del arte político indispensables para el ejercicio de la dictadura. Mas suponiendo que alguno los poseyese, tratándose de personas desconocidas, ¿dónde está el profeta que descubra entre ellas al dictador? No, el dictador es imposible, como no nos venga de fuera. Los dictadores sólo han aparecido en la plenitud de vida de los pueblos y en los momentos de sus grandes transformaciones, por la necesidad de imprimir unidad de dirección, mediante representación personal, á las grandes energías

progresivas y salvadoras. Al pasar Atenas de la constitución territorial de Solon á la democrática que inició Clístenes, apareció el dictador Pisistrato. Cuando Roma hubo de transformarse de ciudad autónoma, privilegiada, única, en capital de una vasta dominación, admitiendo en el goce de sus derechos á todos los pueblos conquistados, surgió el gran dictador César. Al efectuar Francia su evolución de la fase geocrática, que representa la monarquía absoluta, á la timocrática, que expresa el régimen representativo, apareció otro gran dictador, Napoleón. En ningún pueblo decadente se ha levantado jamás un dictador. No puede ser. Donde la vida se apaga, no puede surgir un órgano que es producto y expresión de vida naciente, exuberante.

Hemos examinado los cuatro remedios que se proponen para restaurar nuestra nación, y el resultado de nuestro examen ha sido negativo. No hay que pensar en substituir el personal de las corporaciones del Estado, porque el nuevo no sería mejor que el existente; ni en cambiar las instituciones, por cuanto el defecto de las actuales es el ser demasiado buenas; ni en suprimir de repente el cacicato, porque aun siendo un mal, evita otro mayor; ni podemos, en fin, esperar la salvación de un dictador honrado, porque, siendo un pueblo decadente, carecemos de virtud para producirlo. Entonces, ¿debemos resignarnos á morir? No. La conclusión legítima, precisa, es que los cuatro remedios indicados no sirven, y no sirven porque se dirigen contra síntomas, no contra la raíz del mal, y sabido es que combatiendo síntomas no se cura ninguna enfermedad. Obsérvese si no que nuestros políticos falsean las leyes sin quererlo, más aun, queriendo no falsearlas. Todos, en la oposición, juntan su voz á la general protesta del sentido común contra los desmanes del poder; todos, en la oposición, señalan con dedo certero los vicios de nuestra administración y expresan sincero propósito de corregirlos; y sin embargo, todos, cuando les llega el turno de ocupar el poder, siguen conculcando las leyes y malgastando las energías del cuerpo social. ¿Qué debemos pensar de esto? Que hay sobre los políticos un poder, una fuerza, que, encadenando su voluntad, los arrastra á hacer lo contrario de lo que entienden que deben hacer y se proponen hacer. ¿Qué poder, qué fuerza es esa? No puede ser otra que el medio social. Pasemos á estudiar, pues, el medio social, y quizás logremos dar con el germen de nuestro padecimiento.

Del *Instituto de Sociología*.

M. SALES FERRÉ.

LO DEL VASCUENCE

Amigo *Fray Candil*: Gracias por el *bombo* que me da en el *Madrid Cómico*. Me parece muy bien, aunque yo no me sienta tan revolucionario, ni tan prosista, ni tan sajón como en usted me represento. De todos modos, me parece muy bien. Confieso paladinamente que no me he curado de vanidades al extremo de que no me alegren los elogios de hombres como usted.

Lo que ya no me parece bien es que, á propósito de D. Miguel de Unamuno, diga:

«En cuanto filólogo (filólogo de guardarropía) aboga por la supresión del vascuence, como si las lenguas pudieran suprimirse de golpe y porrazo, al modo del impuesto sobre los consumos, ó cosa así.»

Aunque una vez asentada esta premisa, reconozco que es usted justo calificando á Unamuno de filólogo jacobino.

Pero esta cuestión del vascuence, que á mí, como vascongado y vecino de Bilbao, me interesa sobremanera, hay que plantearla de otro modo, es decir, como la planteó Unamuno.

Porque no se trata de suprimir el vascuence por un Real decreto, ni de impedir que nadie lo hable. Lo que sucede es que el vascuence desaparece por sí solo, sin que el Gobierno tenga arte ni parte en esta desaparición. Se va el vascuence y se lo llevan las minas, las fábricas, los ferrocarriles y los libros, á pesar de los esfuerzos que hacen los curas y los dueños de caseríos por impedir su desaparición, y no que á ellos se les dé un bledo del vascuence, sino porque les interesa mantener un estado de mansedumbre é incultura que permite á los terratenientes cobrar por el arriendo de dos á ocho hectáreas de terreno una renta de quinientas á mil quinientas pesetas anuales, ó sea tres ó cuatro veces lo que paga en Andalucía la tierra de regadío, y que mantiene á los labriegos bajo el hisopo del párroco.

Y el vascuence se muere porque no se presta á la cultura nueva, y no se presta á esta cultura por la riqueza excesiva de sus flexiones y de su vocabulario. Esto á los ojos de mucha gente parecerá paradójico. A los de usted no puede ocultarse que es ley filológica de inevitable cumplimiento, la desaparición de los idiomas sintéticos y su substitución por lenguas analíticas. Las inflexiones de aquéllos son reemplazadas por nuevas palabras, los casos por preposiciones, los tiempos por verbos auxiliares. Por eso murió el sánscrito

con sus ocho casos, sus seis modos y sus desinencias numerosas, y al cabo de tres ó cuatro metamorfosis ha dado en los actuales idiomas indostánicos y europeos, que según los filólogos, no se le parecen en nada, y por eso han muerto el latín y el griego que, aunque más sencillos que su predecesor, eran excesivamente complicados para nuestras necesidades. «¿Qué son — pregunta el maestro Renan — el italiano, el español, el francés, el vácaco? Latín mutilado, privado de sus ricas flexiones, reducido á rebanadas de palabras, que suplen con amontonamientos de monosílabos la sabia organización del idioma antiguo.»

¿Hemos de llorar la muerte de aquellas lenguas en que los hombres primitivos, con su infantil afán de decir todas las cosas á la vez, fundían en una sola palabra oraciones enteras; aquellas lenguas abrumadoras para cuyo mediano conocimiento se requerían doce años de ejercicios? Pero nosotros tenemos prisa; queremos adquirir el mayor número posible de ideas-datos y tropezar en las palabras lo menos que podamos.

Para adaptar el vascuence, con sus once modos verbales y su estupenda variedad de formas y flexiones, á las necesidades de un pueblo industrial, habría que reproducir un análogo proceso al sufrido por el sánscrito para llegar al castellano, pasando por el romance, el bajo latín, el latín, el griego... y otras dos ó tres lenguas.

Esta obra de 40 ó 50 siglos y de diez ó doce pueblos, han pretendido decretarla en mi país unos cuantos espíritus enloquecidos, por estudios sin método. ¿La cree usted posible en una región poblada por novecientos mil habitantes, de los cuales *las dos terceras partes no saben una palabra de vascuence, mientras habla el castellano el noventa y cinco por ciento de la población, y resulta mucho más fácil á un navarro y á un vizcaino, de los que hablan vascuence, entenderse en castellano que en el idioma ó, mejor dicho, en los idiomas maternales?*

Dejemos que el vascuence muera y excitemos como Unamuno á la juventud intelectual á que emplee sus esfuerzos en labores más útiles para su país, que la absurda de oponerse á esta unificación idiomática que imponen á todos los países modernos— véase lo sucedido en Italia—la multiplicación de relaciones entre los afines.

Y cuando queramos combatir á Unamuno—también yo tengo ganas— busquémosle puntos más flacos. Porque en eso del vascuence el hombre está más firme que una roca.

RAMIRO DE MAEZTU.



EL IMPRESIONISMO EN FRANCIA

PROTESTA DE LOS IMPRESIONISTAS ESPAÑLES CONTRA EL DISCURSO DE BENLLIURE (1)

Así como en España se ha estacionado por la rutina el arte de la pintura, en otros países ha sucedido lo contrario, y es bien curioso estudiar en ellos la evolución de los pintores de este siglo, sobre todo en Francia, donde la lucha y el triunfo han sido tan completos. Allí, en Francia, es donde se les ve progresar de generación en generación aclarando cada vez más la paleta y obtener más luz sin caer por ello en la crudeza inarmónica de nuestros pintores del Mediodía. Si la pintura negra no es del gusto de nuestra época, tampoco la crudeza blanca, semejante al yeso, debe seducirnos. Eso que los franceses llaman muy bien *trompe l'œil*, es lo que nos engaña á todos fácilmente y es el defecto en que más han caído los luministas españoles. Sin escoger el momento pictórico se han puesto á pintar cielos de azul puro y paredes soleadas, á fuerza de gastar blanco. Mirándolo por el lado fácil, se han dicho, la luz debe ser el abuso del blanco.

¡Qué lejos de aquella variedad infinita de interpretaciones, de aquella lucha para hacer el ambiente y el dibujo de miles de maneras sentidos! La batalla fué ruda en Francia desde Delacroix hasta los más modernos de hoy día. Fué el siglo de más evoluciones. En España, en cambio, se ataca aún el impresionismo como un defecto. Unos critican, por ejemplo, la escuela llamada de puntistas ó del *pointillé*, porque vista de cerca, esta pintura aparece

(1) Los artistas españoles que practican y defienden el *impresionismo* en la pintura y en la escultura, han tenido la buena idea, al protestar en JUVENTUD del discurso de Benlliure en la Academia de San Fernando, de encabezar su protesta con un interesante trabajo, escrito al volar de la pluma, por Darío Regoyos, en el que se hace rápidamente la historia de los impresionistas franceses. Es bien oportuna la idea esta, porque ella contribuirá á divulgar el concepto del impresionismo, bastante necesitado de difusión, puesto que á nuestras exposiciones oficiales de Madrid aún no han llegado las obras de los impresionistas nacionales y extranjeros, como frecuentemente llegan á las de Barcelona y Bilbao. Mientras tanto estas obras no vienen, y una vez venidas, se sabe miraras, bueno es que vaya constando, como consta en este artículo-protesta, que el modernismo no es, cual generalmente se cree, una extravagancia, sino un medio, una forma de alcanzar el Arte que en Francia, como en otros países, ha sido unánimemente consagrada.—N. DE LA R.

llena de brochazos en forma de puntos. En vez de ponerse á distancia para ver el efecto vibrante, sentido por el artista, hacen un estudio analítico de los colores sobre la superficie del lienzo, y se echan sobre los defectos de tal procedimiento para atacar el fondo de la obra de arte.

El gran Delacroix pareció prever nuestra evolución moderna del arte, y en su admirable diario de observaciones escribió: «Muchos maestros han tratado de evitar que la forma de los brochazos tome un carácter demasiado visible. Efectivamente, el natural, al parecer, no tiene brochazos, y no aparentándolos creían acercarse á la naturaleza; pero más tarde se verá que el brochazo es un medio como otro cualquiera para expresar un pensamiento en el arte de la pintura, un medio del que se valdrán los pintores para dar una vibración, un efecto de luz fugáz...»

Y así fué. Cambiaron de manera como cambian todos los grandes maestros, siempre inquietos del resultado artístico, como al artista cuadro. Poco á poco los negros y los colores terrosos desaparecieron de sus paletas. Se pintó y se pinta con los siete colores del iris, y cuando á fuerza de batallas se ha llegado á ver en los cuadros la verdadera luz que nos rodea, continúa la burla del eterno amigo de la rutina, que en todas las épocas ha existido.

Carot y Millet lucharon ante las burlas del público. Carot presenció algo de su gloria, pero Millet murió en la miseria, y aunque no se debe juzgar el arte por el precio á que se cotiza, bueno es saber que sus obras fueron vendidas, después de muerto, á precios fabulosos; mas Millet no fué luminista, y sin embargo, fué discutido. Viene luego Courbet, uno de los comunistas que durante la guerra franco-alemana hizo derribar la columna de Vendôme, y, como intransigente en todo, vió el arte como verdadero revolucionario; le estorbaron los pinceles y se valió de la espátula, pintando como un albañil. Courbet arrancó nuevas protestas del público que ha acabado hoy admirándole en el Museo del Louvre.

Más tarde á Edouard Manet le tachan de loco por sus ensayos de pintura realista y es motivo de risa en las exposiciones. Hoy Manet es un maestro que no se discute. Todos los que siguen por su orden: Cezanne, Renoir, Claude Monet, Pissarro, Guillaumin y Sisley son los que podemos llamar los campeones del color y de la luz, los que más tarde llamaron impresionistas, los que van trayendo al arte caminos nuevos.

La simplificación de la paleta, compuesta de los colores más puros del espectro solar, obliga á los artistas á descomponer las tintas y á multiplicar los elementos; unos llenan una superficie de innumerables brochazos, llegando á un máximum de luz que no podían obtener antes con los tonos planos; otros se valen de puntos, como los llamados neo-impresionistas; otros de líneas cruzadas ó de grandes masas, y todos luchan y comprenden mejor la pintura al aire libre. Seducidos por los infinitos cambios de la naturaleza, consiguen, *mediante una ejecución rápida*, fijar sobre el lienzo las movilizadas de la atmósfera; en una palabra, son los pintores de los efectos fugaces, de las impresiones pasajeras, quizás las más sublimes, sobre todo en el arte del paisaje y de la marina, pero también las más difíciles de interpretar. Y á estos triunfadores, á estos refinados de la retina, que por su victoria debían

ser superiores á los demás, se les ataca delante de un público, como lo hizo el académico D. Mariano Benlliure, en su desgraciado discurso del codiciado sillón *de la de San Fernando*, valiéndose de una sola fuerza: *el saber de antemano que el público ha de aplaudir*. Y estas injusticias, por las que pasaron también los grandes maestros, y estos triunfos aplaudidos más tarde, constituyen la historia del arte moderno. Si en Francia se les atacó, mucho más natural es que se les ataque en España, donde el arte moderno se puede decir que no existe todavía.

Aunque mal aliñado, como por gente que no sabe manejar la pluma, sirva este resumen de protesta contra el discurso del escultor D. Mariano Benlliure, poniendo en ella nuestras firmas en nombre de la *Sociedad de Arte modernista de Bilbao*, al lado de las de otros pintores ilustres de España, y deseando se adhieran á nuestras ideas los artistas españoles que piensen como nosotros.

Francisco Durrio, escultor de Bilbao. — *Ignacio Zuloaga*, de Guipúzcoa. — *Dario de Regoyos*, de Asturias. — *Santiago Rusiñol*, de Barcelona. — *Pablo de Uranga*, de Guipúzcoa. — *Francisco Bibal*, de Bilbao. — *Anselmo Guínea*, de Santander. — *Adolfo Guiard* y *Manuel Losada*, de Vizcaya. — *López Allen* y *Vicente Berrueta*, de Guipúzcoa. — *Miguel Utrillo*, de Cataluña. — *Daniel Zuloaga*, de Madrid, pintores.



Los nombres españoles en América

Con el éxodo de los pueblos de Europa á las Américas, el «human Mississippi que á mediados de la pasada centuria centuplicó la población de los Estados Unidos, las repúblicas hispano-americanas se van transformando, de tal forma, que como Dios ó el decantado genio de raza no lo impidan, irán cayendo uno á uno los pilares de la civilización implantados por las férreas manos de los conquistadores españoles: la religión y el idioma.

De estos dos temas que brotan de los puntos de la pluma, escogeré el segundo, por ser de más fácil y amena exposición; no sin hacer constar de pasada, que aquél, el primero, se presta á muchas y bonisimas disquisiciones.

Algo, pues, diré, sobre los algos que se me ocurren, respecto á la influencia del elemento extranjero en el habla castellana de la América del Sur; y, para no divagar, me limitaré á lo que pasa con los nombres españoles.

Repasando la historia de América salta á la vista una larga serie de apellidos genuinamente españoles; solariegos unos, heredados otros y aclimatados en Indias, castellaniza-

dos los demás. Las razas aborígenes al asimilarse, perdían con su independencia hasta los nombres de familia; sus descendientes, criollos ó mestizos, optaban por el patronímico español que los dignificaba y, hasta cierto punto, disimulaba su bastardía. La construcción quichua, araucana ó guaraní, era la excepción.

Hágase memoria de los próceres de la Independencia; consúltense las listas de las primeras juntas revolucionarias de toda América, y apenas, sin apenas, se dará con un apellido extranjero.

Bien es verdad que en los preludios de la Independencia suenan algunos nombres exóticos; pero éstos son unos, como Liniers y el primer O'Higgins, de extranjeros al servicio de España; otros, como Coelirane, Broun, Waraes, Miller y O'Connor, al de la revolución. Son, por consiguiente, una excepción á la regla general. Los Bolívar, San Martín, Sucre (apellido catalán: azúcar), Belgravo, Carreras, Alvear, Moreus, Rivadavia, Hidalgo, Mourelós, Iturbide, Santander, Zaragoza, Francia, Santa Cruz, Cortés, Velasco, Aosas, Urquiza, Artigas, Santa Ana, Prado, Córdova, etc., etc., priman en la mi-

licia, en las cancillerías y en los Congresos.

Asegurada la emancipación de estas repúblicas, «cuyo mayor mal que las aqueja es la extensión» (Sarmiento), vino en seguida el llamamiento inmigratorio á todos los hijos del trabajo. Vinieron éstos con preferencia á unos puntos que á otros, según las facilidades y ventajas concedidas á los pobladores y la situación geográfica de cada país. Así vemos que el Brasil, la Argentina, Uruguay, Chile, México y Venezuela, son los que mayor contingente de emigrantes reciben, quedando casi estacionarias naciones, ó muy longíncuas, como el Perú y el Ecuador, ó mediterráneas, como Bolivia y el Paraguay.

En regla general, el emigrante se establece en el nuevo país al par que lo toma por su patria adoptiva.

Ubi bené, ibi patria.—Entran sus apellidos en el acervo común, y como la población extranjera aumenta en proporción geométrica á la del país, véase por qué los apellidos extranjeros han de sobreponerse en número y notoriedad á los de construcción española.

La sección de anuncios de los diarios bonearenses, chilenos y mejicanos, convencerán de esta verdad. Parecen prospectos comerciales traducidos al español, firmados ó encabezados por sus agentes, antes que anuncios ordinarios y á la mano, de una localidad hispana. Siendo lo peor que lo que acontece en el comercio é industria, sucede igualmente en el terreno de las artes, en la política y en las regiones «donde se forja el rayo».

Véase la Argentina, por ejemplo. Ya ha tenido un presidente en estos últimos años, de apellido italiano: Pellegrini. Entre los actuales ministros

figuran Jofre, Berduc, Ricchieri, Osvaldo Magnasco y García Meron. (Almanaque de Gotha—1901.)—Cuando en el llano nieva...

Ya se percataría el lector de esta verdad, cuando la venida á Madrid de la oficialidad de *La Sarmiento*, primero, y del Intendente de Buenos Aires después. Los huéspedes argentinos llamábanse: Bremberg, Balrich, Willians, etc.

Con razón dice Wald, otro argentino: «Mientras las individualidades de esa masa humana, material fruto del futuro pueblo argentino, va surgiendo á la superficie, desde el colono hasta el estadista, se observa que los apellidos de origen castellano se extinguen, cediendo su puesto á otros de asonancia extraña para los que, nacidos en época no muy lejana, sólo han escuchado construcciones españolas en los apellidos de los hijos de la tierra. ¿Quién podrá prever qué forma, qué construcción ó qué terminaciones afectarán los nombres argentinos al finalizar el siglo xx, cuando la nacionalidad haya asumido una fisonomía propia?

Vienen después los apelativos indígenas, que no sin cierto lustre conservan muchas familias criollas.

En Bolivia, por ejemplo, abundan los quichuas ó aimaráes, Aroma, Cusicanqui, Condori, Catari, Guachalla, Guaquí, Manque, Mamani, Sayanca, etcétera.

En Chile, los araucanos, Anihual, Catriel, Calfucurá, Huapi, Lehuan, Millalicán, Quinchical...

En el Paraguay, los guaraníes, Gualumba, Isipó, Siripó, Tapacaré, Yaguaré...

Apellidos todos ellos vergonzantes cuando el coloniaje, y no por su procedencia, pues algunos son de stirpe real, sino por el limbo en que estaban

relegados; como que muchos nombres indios se perdieron por la alianza con otros españoles. Ejemplo: Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa india. Sairi. Tapac XII, el último de los incas nominales, hecho cristiano con el nombre de Diego, cuya hija casó con el capitán de Chile, D. Martín Díaz de Loyola, de quien dicen que descienden los marqueses de Oropesa y de Alcañizes.

Mayor algarabía hay entre los nombres propios, en sus desinencias familiares y diminutivas de que tanto usan y abusan los criollos.

En Chile, como en otros países de América, se abusa de los diminutivos. Se llama señorita, no sólo á toda señora soltera, de cualquier tamaño y edad, sino á toda señora, casada ó viuda, y casi nunca se la nombra sino con el diminutivo Pepita, Conchita, por más ancianas y corpulentas que sean. Esta práctica debiera desterrarse, no sólo porque tiene algo de chocante y didícula, sino porque confunde referencias esenciales en el trato social. En el abuso de las terminaciones diminutivas hay algo de empalagoso. (Bello, *Gramática castellana*).

Pudo también añadir el ilustre venezolano, que no contentas con llamarse señoritas, gustan de que las llamen niñas sus criados, aunque sean quintañonas.

Pero volviendo á los diminutivos de nombres propios. He aquí un pequeño extracto de los muchos que pudiera citar, tomando los más raros, al par que más usados, en el Perú y Bolivia.

Acutí = Agustín.
 Antuco = Antonio.
 Bernaco = Bernardo.
 Carminche = Carmen.
 Chapaco = Sebastián.
 Chepa = Josefa.

Chombo = Jerónimo.
 Goyo = Gregorio.
 Hilaco = Hilario.
 Hüchicho = José.
 Istipo = Estanislao.
 Juanacha = Juana.
 Lanchico = Francisco.
 Macacha = Magdalena.
 Malaco = Mariano.
 Manuco = Manuel.
 Manonga = Manuela.
 Mica = Micaela.
 Miquicho = Miguel.
 Paluco = Pablo.
 Pasaca = Paz.
 Pituca ó Petila = Petrona.
 Rafito = Rafael.
 Ticuche = Diego.

Nombres que por estar reducidos al trato familiar y amistoso, no influyen mucho que digamos en la marcha del lenguaje.

En Bolivia, y con esto aludo también á las provincias andiras de la Argentina, es donde precisamente abundan tantos apellidos ilustres en las gentes españolas. Era en efecto muy granada la gente perulera que bajó á fundar las ciudades de Charcas y de Tucumán, y en Córdoba se aglomeraron con Cabrera, infanzones y damas de ilustres prosapias. Concoloncorro en su curioso y poco conocido libro *Lazarillo de ciegos caminantes* de Buenos Aires ó Lima, por el camino que se hacía á través de la América en el siglo xvii, habla de la rancia y distinguida nobleza de estas familias, con sus puntillos de honra, preeminencias sociales y blasones que daban en cara á otras colonias pobres y humildes. Guevara y Lozano se hacen lenguas de lo mismo en sus historias.

Familias principales de Sucre ó Chuquisaca, por ejemplo, son: Arce, Argandaña, Arana, Alvarado, Alar-

cón, Ayllón, Bustamante, Cano, Calvo, Cortés, Cañedo, Fernández de Córdova, Fernández Alonso, Duarte, Doria Medina, Daza, Gumiel, Guzmán, Herrera, Ipiña, Guillén, Mendoza, Moscoso, Mejía, Oropesa, Paravicini, Pacheco, Ponce de León, Querejaza, Salinas, Seoane, Urdininea, Unioste, Toro, Vaca, Vargas, Villegas...

Esa lista de nombres tan honrosos, que pudiera citar á puñados de otras provincias, desmienten á tantos americanistas que en su empeño de rebajar á sus antepasados, se empeñan en que todos éstos eran de baja estofa y de peores condiciones morales. ¿Dónde se dejan, digo yo, aquellos hidalgos, aquellos segundones que venían á América en busca de lauros y fortuna, como los Sanabria, los Ercilla, los Cañete y tantos otros mencionados en la historia particular de las hermosas repúblicas hispano-americanas? Pues, no señor, prefieren renegar de esta ilustre milicia y tenerse por descendientes de los peores soldados que vinieron. Comprendo que tal pensara la plebe americana; pero no que así piensen, y menos lo publiquen, los americanos ilustrados á quienes la sangre les debiera subir al rostro si meditasen lo que escriben. Siquiera los romanos que, como dice un agudo escritor, descenden de bandidos y prostitutas, aludiendo al rapto de las Sabinas, tienen el pudor de atribuir á fábula esto que la historia atribuye á sus antepasados.

¡Lástima grande que en las más florecientes urbes sud-americanas, hayan quedado en cuadro aquellos

nobilísimos apellidos españoles de la colonia! En Santiago de Chile y Buenos Aires, los revisteros de salones por cada nombre español enjaretan, porque así es, nueve extranjeros de los más abigarrados.

Si, en la Argentina y Chile, el apellido castellano tiende á desaparecer. Entre el pueblo predominan ya los apellidos italianos y franceses, ingleses y alemanes; y aunque algunos se españolicen en la pronunciación y otros se traduzcan literalmente, como Blanco y Campana, Negro y Sastre, que han sido Wite y Bell, Scherartz y Schnaider, es evidente que á no tardar, los apellidos americanos tendrán una fisonomía completamente extraña al español.

Passará con ellos lo que con los nombres geográficos de la tierra, de los que tan galanamente dice Rufino Cuervo en sus *Apuntaciones al lenguaje bogotano*:

«No pocas veces hemos contemplado con ternura aquellos corazones de hierro de los conquistadores, reblandeciéndose al tender ellos por primera vez la vista sobre paisajes parecidos á los de España y fingiéndose en sus mezuquinas chozas una Cartagena y una Santa Fe, y como para completar la ilusión, revistiendo en su fantasía los campos con las flores y hierbas testigos de sus juegos infantiles.»

Nombres geográficos relegados al olvido muchos de ellos, si no es que fueron suplantados por otros extranjeros. Ejemplo: En México, las Antillas y Argentina.

CIRO BAYO.

ESPAÑA Y LA CIVILIZACIÓN

Hay quienes creen que no debe «perderse el tiempo» averiguando y recordando las glorias nacionales (las verdaderas *glorias*), porque hace falta, sobre todo, atender á la decadencia presente y ver el modo de salir de ella. Además—dicen—el recuerdo de pasadas grandezas (aun las intelectuales) en medio de la miseria actual, se parece á la vanidad linajuda de un noble arruinado y perezoso, y pone más de relieve la impotencia de ahora.

No creo que están en lo cierto los que piensan así. Para juzgar á un pueblo, lo mismo que para juzgar á un individuo, debe tenerse en cuenta toda su historia, y no se borran las buenas acciones porque hayan sido precedidas ó seguidas de otras malas. Todo entra en el balance; y como la humanidad suele ser ingrata, más falta hace, por lo común, refrescar la memoria de lo bueno que de lo malo, para no cometer una injusticia. Por otra parte, sabido es que en la psicología humana la acción depende, en gran medida, de la mayor ó menor confianza que en sí propio tenga el sujeto, ó sea, del concepto que en cada momento posee de sus condiciones naturales, de su fuerza, de su aptitud para tal ó cual cosa. Los osados no son, en fin de todo, más que gentes que se consideran aptas para grandes empresas y superiores al resto de las gentes. Pero el concepto de la propia capacidad y energía decae muchísimo—y aun se convierte en terrible desaliento—cuando á todas horas se le dice á un hombre que ni sirve ni ha servido nunca para nada, ni ha hecho cosa que valga la pena. La repetición del juicio ajeno desfavorable, acaba por sugerir un juicio propio igual.

Por todas estas razones, creo que, sin dejar de trabajar con todas nuestras fuerzas para la mejora del presente, necesitamos fortalecernos con la visión de lo bueno de que fuimos capaces en el pasado.

Pero cuando se plantea esta cuestión histórica á la manera que M. Masson la planteaba á fines del siglo xviii, suele no verse más que un aspecto de ella. En efecto, al preguntar ¿qué ha hecho España por la civilización del mundo?, se entiende decir, por lo común, en qué órdenes de la vida, tomando en conjunto la humanidad civilizada, ha influido la obra del pueblo español ó de sus representantes más ilustres. Puede haber en esto un error. Una cosa es trabajar, crear, hacer obra útil, y otra influir en las gentes. No creo que

en esto «todas las cartas que se pierden se deban de perder», es decir, que sólo triunfen é influyan *en su tiempo* los que debían triunfar é influir. Mucha vida laboriosa se pierde en el vacío, y cuando la posteridad viene á reparar la injusticia, ya es tarde. Además, la división de aptitudes y de funciones que, al parecer, se produce históricamente en los pueblos, como seguramente se produce en los individuos, hace que cada cual tenga su característica y que ésta sea la que imprime el sello de su mayor influencia en el mundo, en cada tiempo. Pero el resto de las cosas, ¿deberán despreciarse? ¿No vale nada, no significa nada el trabajo de los filósofos que no han sido Descartes, de los matemáticos que no fueron Newton, para apreciar las cualidades de inteligencia, de laboriosidad de un pueblo y la *posibilidad* de sus frutos en Filosofía y en Matemáticas?

Ciertamente, España, donde influyó *«más profundamente* en toda Europa, dejando huellas siempre visibles á través de los siglos (como dice mi amigo del alma Farinelli), donde más brilla su ingenio natural, es... en el género narrativo y burlesco»; en la novela picaresca y también en el teatro; pero porque la filosofía española no haya sido tan genial como algunos suponen, y, sobre todo, porque pocos gérmenes de ella lograran «fecundar... el pensamiento de las naciones extranjeras», ¿la iremos á descontar de las acciones meritorias, cultas, útiles y estimables del espíritu español?

Lo mismo puede decirse de otros órdenes de nuestra actividad intelectual que no pasaron las fronteras, á lo menos en su tiempo.

Quizá sería preferible, para muchos, que España, en vez de incorporar al acervo común de la civilización, influyendo en ella, parte de su literatura, de su arte pictórico, de su música (como algunos creen), etc., hubiese influido con su ciencia filosófica, matemática, física y demás de este orden. Pero si esto no fué así y hemos de reconocer la inferioridad relativa de nuestra producción científica en la época en que teníamos vigor y podíamos influir en el mundo, ó su mala fortuna (como alguien sostiene), nada nos autoriza á tenerla por nula, á declararnos incapaces para siempre respecto de ella y á olvidar de rechazo los servicios que todos nos reconocen; aparte el esfuerzo mismo que, logre ó no su fin, lleva en sí propio el mérito.

RAFAEL ALTAMIRA



DE SIERRA Á SIERRA

(De Candalerio á Miranda del Castañar.)

Fué punto de partida Candelario, el pueblo más original de Castilla. El lugar era propio para recogerse y descansar antes de la expedición.

Para llegar allí había que subir una legua en zig-zags desde Béjar, por un camino bordeado de chopos y castaños, que luego se veía dos ó tres veces á los pies.

Cuando detrás de los altísimos chopos que ocultaron por última vez el pueblo, descubrí sus casas, ante cuyas puertas corrían las aguas de la montaña, sus fachadas recubiertas de madera y de teja, por las que escurrieron las lluvias de muchos inviernos, y sus tejados limpios, rojos y sin chimeneas (1), me pareció que abandonaba la polvorienta Castilla para entrar en algún desconocido caserío del Norte.

La excéntrica rival de Béjar, el pueblo de las mozas vestidas de manto y serenero, blancas como la nieve de las inmediatas cumbres del Trampal, me impresionó como impresiona lo exótico. El historiado atavío de sus moradoras, su andar majestuoso, el

terciopelo y azabache de sus trajes, los remates verdes y rojos de los arcaicos sereneros, las antiguas melodías pastoriles que escuché en sus prados, y en el fondo, aquella decoración de aldea suiza, despertaron en mí nostalgias de edades patriarcales.

Poco tiempo pude permanecer en aquellos prados. Se acercaba el día de mi marcha y hube de partir, cruzando por Béjar, la ciudad de las fábricas y de los talleres. Cuando atravesé sus calles, los obreros acudían al trabajo, los vendedores ordenaban sus banastas y las tabernas se entreabrían.

Fuera ya de la ciudad, después de pasar el Cuerpo-de-hombre, miré desde una meseta. La población aparecía en un cerro, bañada por el río, formando una masa cenicienta, de la que se destacaban los campanarios y los viejos arcos del antiguo palacio de los Duques.

Mientras miraba, el sol blanqueó algunas cupulinas y los gallos de las afueras cantaron...

A poco de abandonar los montes bejaranos, el paisaje cambia, perdién-

(1) No hacen falta, porque se utiliza allí el humo para curar el embutido.

do su aspereza, y en breve la llanura salmantina se extiende ante la vista.

Caminando hacia la Sierra de Francia, el primer lugar que aparece es La Calzada, grupo de casas apiñadas en el fondo de amplísimo valle salpicado de masas de verdor. De allí parte el camino romano, ancha cañada por donde trashumaron las reses celtiberas antes de que las legiones romanas cruzaran la comarca. Aún hoy el amplio camino conserva su carácter de vía pastoril.

Calzada arriba, el paisaje va perdiendo su aspecto castellano; pequeños montes de éncina achaparrada rompen la monotonía de la llanura y los primeros eslabones de la sierra dibujan en el horizonte su línea azul ..

* * *

Valdefuentes es el tránsito de la ciudad de llanura á la de sierra. Sus casas son bajas, pequeñas, como las de una aldea gallega, pero fuertes y construidas con pedruscos ennegrecidos. Las puertas como las ventanas, una abertura. Rapaces descalzos y sucios corren por las calles, y mozas de encarnado refajo y andar garboso, marchan á las eras. Llevan la hoz en la cintura y cubren su cabeza con original sombrero de paja, en cuyo frente un trozo de espejo refleja los rayos del sol. El campo es alegre. Algunos toros mansos pastan entre los juncuales. El carro de labranza chirria y los mozos montados en sus mulas transportan los haces cantando estribillos de siega...

* * *

Algunas leguas más allá el paisaje montuoso va acentuándose. Los valles son más frecuentes, y en breve aparece Santibáñez sobre pequeño cerro rodeado de montañas.

Su aspecto es mixto de ciudad serrana y de alquería hurdeña. Las casas son altas, los tejados corvos y salientes, las calles tortuosas y sucias.

Nuestra llegada despierta general curiosidad.

La taberna está llena de hombres del campo vestidos con blusilla y zañones, rotos y enacitados. Algunos son arrieros que van á la Alberca; otros, serranos que llevan embütidos á Castilla.

En la puerta esperan las caballerías.

Los cerdos transitan por todas partes; entran en las pocilgas y en las casas...

Desde Santibáñez se baja hacia el Alagón, atravesando matorrales de roble y de brezo. El paisaje comienza á ser triste y bravío. Grandes montes brezosos limitan el horizonte á una y otra parte del camino. El Alagón, engrosado por los arroyos hurdanos, serpentea en el fondo del valle. El aspecto del paisaje es monótono; siempre la vereda, y el valle y el río... El sol cae de plano haciendo brillar el polvo del suelo, .

Hacia el medio día damos con un molino construido á la vera de un puente. Por la puerta entornada se ve á los mozos sesteando sobre sacos de harina. El agua cae de la presa y el suelo trepida.

Descansamos á la orilla del río.

* * *

En adelante, comienzan las curvas y revueltas violentas del camino, abierto en las entrañas de la sierra; el piso es rojizo.

A nuestros pies, en el valle profundo y desolado, se divisa ya perfectamente el Alagón, deslizándose en su lecho de piedra plomiza y pizarrosa. Es un río negruzco y pobre que á veces se ensancha y refleja con tonos

pantanosos en su casi inmóvil superficie, los verdes sombríos de los brezos... Desde las cumbres parece un apunte de Raurich...

* * *

En plena sierra, la vegetación se anima. Los tonos de la floresta son múltiples. El sol ya no puede encajonar sus rayos en el declive de valles estrechos. El aire es puro. Los caminos comunican con Miranda y Mogarraz, y dejan de ser solitarios y téticos.

Vense pasar altos campesinos de ancho pecho, hombres huesosos, de rostro prognato y nariz aguileña. Son serranos que van á Castilla.

Al atardecer aparecen las torres de Miranda del Castañar. Detrás de ellas vendrán Mogarraz y La Alberca, y después los Valles Hurdanos...

¿Es Miranda límite de una región? ¿Es resto viviente y patentizador de otras épocas? Tal es el efecto que me produce el tinte feudal de su torreón, los restos de sus murallas y el escalonado de sus calles intransitables y oscuras... Sin poderlo evitar, acude á mi memoria el eco de las injusticias feroces del pasado... Las luchas de Teobaldo, el noble francés que pobló aquellos lugares en el siglo VII, y el poderío de los Zúñigas, últimos señores del castillo, dejaron allí un ambiente que los tiempos no pudieron traspasar... No fué sin duda un capricho del Hado la situación de la feudal Miranda y de los abundantes pueblos de la serranía sobre aquellas cumbres, á cuyos pies gimen, en los valles más tristes de la tierra, los infortunados mendigos de las Hurdes.

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.



LA CASA Y LA CALLE

Al pensamiento de Flaubert: No se puede pensar y escribir sino sentado. Federico Nietzsche ha opuesto una afirmación verdaderamente profunda: «Los pensamientos que surgen andando, son los únicos que valen.»

Sí, andando, y andando entre los demás hombres.

La soledad es un crimen.

Un gabinete de estudio; un bufete es un atentado contra el resto infinitamente superior á la edificación de un convento.

Al pensar á solas, nos apoyamos en los momentos de descanso mental en los muebles, ó nos recreamos con la conclusión del tema, que retardamos para engañar y entretener al público.

Pensando á solas nos oponemos sin razón alguna contra el resto, dividiendo el mundo á la alemana, con toda la brutalidad de un clasificador de Tubinga ó de Leipzig, Kart y el resto, Fichte y los demás.

Ya se ve lo que ha dado la filosofía casera, la metafísica de camilla y brasero. Nada.

Con estar tan desacreditada la filosofía de café, es preferible á la que se hace en el *home* confortable, donde se hacen leyes sin tener á los hombres delante, y se asegura, sin más testimonio para el resto que nuestra autorizada palabra, que acabamos de hablar con Dios Padre.

Hay que salir. Es preciso pensar en las calles; enhebrar las ideas en medio de las gentes, como Stuart Mill enhebraba las suyas sufriendo los codazos y empujones de los hombres de la City y de los cargadores del puerto. Hemos de ir más allá, y si queremos vivir la realidad y ser fuertes, es preciso pensar en medio del estrépito de la vida.

Hay que salir, no hay más remedio. Es preciso corregir constantemente nuestra conversación interior con las palabras oídas al azar en el paseo; hacer nuestras ideas con las impresiones de la realidad, y oír al mismo tiempo

que al interlocutor íntimo, el ruido de las fuentes, el rodar de los coches y las risas de los niños.

Detenerse en la casa, dejarse tiranizar por el libro, ó entregarse á la dulce embriaguez de hacer ideas como un dios joven se entretiene haciendo mundos, es ser libres quizá, pero no como debemos serlo: libres en toda ocasión, sin freno.

Un ignorado poeta moderno, el anciano Pousin, un empedernido bebedor de ajenjo, decía en las calles de París: *Jè suis prisonnier dans la rue...*

Frase hermosa que puede ser sencillamente la confesión de todos los solitarios que nos perturban.

¡Los solos!... Muchas veces paseando á las altas horas en las grandes ciudades, he visto luz en algunos gabinetes de trabajo, y adivinando las auto-coronaciones de tan miserables engañados, he deseado que se incendiaran las casas...

Las últimas luces... esas últimas luces que se apagan en los balcones al salir el sol, no alumbran á los cadáveres que se inhumarán al día siguiente... alumbran á los sepultureros del resto.

RAFAEL URBANO.



LA SEMILLA DEL ODIO

(NIÑERÍA)

Ella afirmaba que era viuda, y nadie en la vecindad ponía en tela de juicio semejante afirmación. Sin embargo, Luisín no tenía otro apellido que el de su madre, con lo cual había motivos para sospechar que aquella viudez tenía algo de dudosa. Pero esto no hace al caso. El rapaz era rubio como las candelas y bonito como un querube.

Como todos los hijos de la desgracia, era Luisín humilde y docilón. No había, no, cuidado de que se extralimitase en lo más mínimo, ni le diera por salirse á la calle á ponerse hecho un demonio como los otros chicos del arroyo. Por instinto, huía de las barbaridades de aquellos rancias, quienes encima de maltratarle, porque le veían débil y apocado, siempre lo abochornaban llamándolo «hijo de nadie...» ¡Como si él tuviera la culpa!...

Pero los muchachos son brutalmente crueles. En sus verdades implacables y descarnadas, anticipan lo que darán de sí, cuando con el transcurrir del tiempo se conviertan en hombres hechos y derechos.

Señá Polinaria, portera de lo más ilustre del ramo, ejercitaba sus importantes funciones en aquella casa. Era caritativa y buena y aliviaba á la viuda de la carga del chico, mientras la infeliz ganaba un misero pasar afanándose todo el santo día en un taller de costura... Esto explica

que Luisico estuviera recogido á diario en el cuchitril de la portera.

* * *

En el principal y en el segundo había también niños, pero eran ricos. Cuando salían de paseo les acompañaban doncellas ó lacayos. A Luisito se le iban entonces los ojos detrás de los aros con timbre ó las pelotas de goma que, prisioneras en redes de estambre, llevaban los criados para que los niños jugaran en el Retiro. Señá Polinaria salía siempre á despedir á los señoritos, haciéndose cruces al contemplarlos tan lindos y tan majos. Realmente daba gloria de verlos y mientras que la buena mujer se deshacía en elogios y abrumaba á fuerza de recomendaciones oficiosas á los criados, el huérfano infeliz devoraba una atroz envidia en el fondo de su encierro, no siendo difícil que muchas veces se le llenasen de lágrimas los ojos.

—Ven aquí, lucero mío, y no llores tú, que también á ti te quiero... ¡Ea! Vamos á merendar, que ya pasará pronto el milano. Toma, hijo, toma. ¿Te gusta? ¡Ah goloso, y cómo te relames! Anda, hijo mío, no te apures, que en viniendo tu madre, te traerá una caja de soldados.

—¿Sí?

—Sí, hijo mío; y para la Pascua, si Dios quiere, te compraremos en la

Plaza Mayor una escopeta y un caballo.

—¿Un caballo grande?

—Sí: muy grande. Como un borrico de grande. ¿Te gusta?

—Sí, señora. Y además quiero una escopeta, y un sable, y un casco con muchas plumas, muy bonitas.

—Todo, todo te lo compraremos si eres bueno.

—Mujer, haces mal en consentir á esta criatura ofreciendo lo que ni tú ni su madre podréis cumplir. Los hijos de los pobres no deben pensar en gollerías.

—Mira, Miguel, tú no tienes que meterte en lo que no te importa. Más te valiera tener cuidado con el revólver. ¿Sabes? ¡Ayer te dejaste olvidada encima de la mesa de la cocina la caja de las *cáusulas*!

—Es que yo...

—A nosotras nos dejás en paz, ¿entiendes? Anda, angelito, merienda tú, y no hagas caso.

* * *

El señor Miguel, portero consorte y guardia de orden público, no podía discutir con su mujer ante el temor de verse atropellado en sus funciones de hombre importante. Así es, que prefirió callar dedicándose con ardor á la limpieza de las prendas del uniforme. Además, ¿lo sabría él? Todas las hembras eran de suyo comprometedoras. El asturiano pensó que usar de su *autoridad* en la casa, era expuesto. Polinaria sería capaz de subírsele á las barbas, y él, hombre de orden ante todo, no estaba para escándalos... ¡Ah, mujeres, mujeres! La perdición viene por ellas...

* * *

Llegó Nochebuena, y Luisico vió con pena, que ni su madre ni seña Polinaria le compraban el caballo y demás arreos que le habían ofrecido. En cambio los niños del segundo armaban una zambra infernal con el redoble de sus tambores y con el incesante soplar de las trompetas... Al desheredado se le iba el alma tras de aquellos ruidos, más gratos y dulces para sus oídos de niño, que la música semidivina de Mogart; pero no había más remedio que conformarse. El señor Miguel tenía razón. Las go-

llerías no se hicieron para los hijos de los pobres.

No estaba muy conforme seña Polinaria con lo que decía el respetable guardia, y para demostrarle que se hallaba en un error, por aliviar la tristeza del huérfano, tal vez movida por un instinto de contradicción y protesta, valióse de sus mañas para que Luisito fuese admitido á jugar en la leonera de los niños del segundo. ¡Qué aún sintió entonces y con qué respeto entró el pobrete en la casa de los señoritos! ¡Qué calor tan agradable; qué bien se estaba allí! Los Reyes Magos habían sido generosos y providentes. Caballos, tamborcitos, teatros, ferrocarriles de verdad, con máquinas... de todo cuanto Dios crió.

«La mamá de Toto no tenía más que decir á su primo el senador, esto quiero: y los Reyes Magos lo llevaban todo á espuestas... ¡Qué maravilla! ¡Claro! Como que el primo de su mamá era también general y tenía un caballo de carne, en el que se montaba para ir á ver al Rey-niño... Y en el Palacio no se quitaba el casco, porque mandaba en todos; y cuando salía á la calle, los soldados corrían para formarse con las escopetas mientras que los músicos tocaban hasta desgañitarse: «tarari... tararrii...!» ¡Qué bonito! Además, Los Reyes Magos no tenían más remedio que llevarle á Toto lo mejor de sus bazares, porque si no, su primo el general se enfadaba, y entonces...»

Todo aquello era cierto y de una lógica aplastante. ¿Qué iban á hacer los Reyes Magos sino obedecer? Luisin estaba encantado. Con primores de hada cogía los juguetes y volvía á dejarlos en las manos de sus amigos con un religioso temor.

Después de razonar, jugaron los muchachos á los soldados. Toto era el general. Luisin formó á la cola modestamente. El hubiera querido ser tambor ó trompeta; pero aquellas plazas estaban ya ocupadas por los niños ricos y tuvo que contentarse con lo que le dieron, y gracias. En una de las vueltas el caballo del general perdió una rueda y vino al suelo con jinete y todo. Aquello fué un desastre. El maldito caballo se había tronchado una pata y montar de nuevo, era riesgo seguro de que al jine-

te se le rompieran las narices. ¿Qué hacer? Un general á pie, es cosa que no se concibe ni aun entre rapaces; pero ¡oh dicha! ¡No estaba allí Luisito? Pues él haría de caballo. Tras de seria deliberación, se acordó por unanimidad que el huérfano se humillara y... no hubo remedio. El huérfano se humilló, recibiendo á Toto en sus costillas.

Y ¡arre! el general siguió mandando su formación; pero como el caballo se cansaba, Toto metía espuelas sin tener en cuenta que su cuerpo era pesado como el plomo. El caballo empezó á encontrar muy poco grato el oficio, y quiso que el jinete se apease; pero este protestó y empezó á vociferar «¡arre, arre!...» Entonces el capitán de á pie, dió un espaldarazo en las nalgas del caballo, y éste, sacando fuerzas de su propia flaqueza, empezó á trotar.

Y ya no era trote lo que se pretendía de él, sino que galopase gallardamente. El menguado jamelgo no podía con su alma; pero era tal el número de palos y pinchazos que recibía de todo el regimiento, que no tuvo más remedio que galopar, yendo á dar de bruces sobre una columna que sostenía una Venus de yeso. Y allí fué Troya. Con la violencia de la carrera, diosa y jinete, caballo y columna, vinieron al suelo con estrépito abrumador.

* * *

Los alaridos de Toto que sangraba por las narices, el espanto de los chicos, y el ruido de la diosa al hacerse añicos, atrajeron al general auténtico. De una ojeada se hizo cargo de la situación y como buen estratego comprendió que la causa de los chi-

chones de Toto y el desastre de la hermosa Venus, había sido el pobre jamelgo que yacía en el suelo escogido y lleno de temor.

Los chicos fulminaban acusaciones formidables contra la mala voluntad de aquel niño cunero, afeaban su desmirriada figura, reproban su poca resistencia. Y el general, haciendo un acto de soberana justicia, lo agarró de un brazo y medio arrastrando, lo condujo hasta la puerta que abrió y dándole un pescozón le puso de patitas en el descansillo de la escalera. Luego cerró dando un portazo con señorial indignación, con estrépito inusitado. ¡Pues no faltaba más!...

Una oleada de pena subió del corazón hasta la garganta del muchacho. Rendido, humillado, devoró entre sollozos su amargura, que nadie consolaba. Lágrimas de dolor, lágrimas de niño afrentado, cayeron mansamente como un rescoldo sobre la herida que en el alma acababan de inferirle.

Y después, cuando el infeliz desheredado quiso olvidar su afrenta á fuerza de amor y de fe... á fuerza de humillaciones y sacrificios, sólo halló el desdén, el sarcasmo... el desprecio ó la amenaza de una sociedad implacable, indiferente... eso, sí; muy distinguida.

* * *

Fué en una nación poderosa y rica donde surgió la idea de celebrar un congreso general antianarquista.

Porque el último crimen era verdad; había traspasado los límites de la audacia, de la crueldad... de la barbarie...

PEDRO BALGAÑÓN.